



PASIONES OCULTAS

Una historia de amor en la ciudad



Pasiones Ocultas

Una historia de amor en la ciudad

L.A. Morens

© 2013 Copyright by L.A. Morens

Amabook Edition

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro pueden reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones magnéticas o cualquier medio de almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de Editorial Eros

Índice

[1. El toilette del vagón.](#)

[2. Paradiso: El hotel de Santiago](#)

[3. De Regreso a Antuán](#)

[4. Ordoñez](#)

[5. Encuentro Inesperado](#)

[6. La decisión](#)

1. El toilette del vagón.

Por el andén de la estación la gente va y viene. Desde algún lugar llegan melodías inconclusas. Lola miró el cartel donde se anunciaba la partida del tren. Ocho treinta y dos pm. Había llegado a tiempo.

Alrededor de las once y cuarto del día siguiente, por la mañana, desembarcaría en la ciudad de Santiago. Desde allí a la editorial se manejaría en taxi, no quería llegar tarde a la cita con el director de la revista Ecos, en la que trabajaba.

Al subir, se ubicó junto a la ventanilla. Al instante un joven, con saco azul y camisa blanca, se sentó a su lado.

Lola lo miró disimulada, sin embargo el joven no tuvo reparo en hacer con la mirada una radiografía rápida de ella. Sus ojos se detuvieron en el ángulo del escote en V de la joven. El nacimiento de los senos formaba una leve línea perturbadora.

Se había comprado ese suéter el día anterior en el Centro Comercial para la cita que tenía programada desde hacía dos semanas con el director general. Al probárselo la dependiente de la tienda le dijo:

—Le queda bellissimo. No se lo pierda, el precio es muy bueno y luce fabulosa. — Ahora el joven que estaba a su lado confirmaba el comentario.

La noche se acomodaba detrás de las ventanillas del tren para tentar al sueño a los pasajeros que cabeceaban acunados al compás del trajinar de las ruedas de acero.

—Están sirviendo la cena en el vagón comedor —dijo el muchacho dirigiéndose a Lola.

Ella corroboró la hora en su reloj pulsera de metal. Así era. Las agujas marcaban la diez y cinco.

— ¿Trabajas aquí? — indagó el joven.

—No, bueno, sí—Los dos rieron. Lola continuó después de un instante

—Voy a una cita en la editorial para la que escribo. Lo hago una vez al mes, pero mi lugar de trabajo es en Antuán —Si bien en un principio le resultó muy incómoda la insistencia de la mirada del joven, se encontró hablando con él muy suelta. Le agradaba el muchacho.

— ¿Y tú?—preguntó

—Voy a Santiago a ver a mi madre. Vive con mi hermana mayor

— Que buen hijo —dijo Lola. El muchacho sonrió.

—No te creas. He hecho de las mías.

— ¿Quién no?— agregó ella.

—Soy Carlo— dijo el muchacho extendiendo la mano hacia la chica.

—Lola—dijo —sellando ese encuentro con un apretón de manos.

—Tienes unos ojos muy bonitos—Lola se sonrojó.

Después de unos quince minutos la chica se levantó.

— ¿Me disculpas? —dijo mirando el estrecho espacio que le impedía pasar.

—Debo ir al toilette.

—Por supuesto—contestó Carlo levantándose. Se comportaba como un verdadero caballero. Lola caminó por el corredor del tren. En el segundo coche estaba el toilette.

Parada frente al estrecho espejo la joven desplegó la cremallera de su bandolera, y en el instante en que tomaba el lápiz labial para retocar sus labios, la puerta se abrió de improviso. Era Carlo. Lola abrió la boca

atónita. Carlo se apretó contra ella. Lola no lo rechazó. Era una situación por la que nunca antes había atravesado.

El pequeño equipaje de mano cayó sobre el piso acanalado del toilette mientras Carlo giraba el cierre de seguridad de la puerta. Los dos se abrazaron apasionados acunados por el vaivén de los anillos de metal contra las vías. Después de unos instantes giró a Lola. La chica quedó con su espalda pegada al cuerpo de Carlo.

El muchacho introdujo su mano en el escote, le bajó el sostén y acarició uno por uno sus pechos deteniéndose en los pezones que estaban duros y turgentes. Luego le quitó el suéter. Lola se dio vuelta, enfrentándolo. No pensaba más que en la excitación que la poseía estar en contacto con ese extraño.

Los labios de Lola se movían de una manera torpe e interrumpida. Las palabras que murmuraba parecían carecer de sentido, era como escuchar frases en otro idioma, y entre ellas se producían gemidos que nunca antes había exteriorizado.

El sentido de la realidad evadía la mente de Lola. El entorno superaba las fantasías que muchas noches le impedían dormir. Solo percibía los delicados dedos de Carlo buscando su sexo como si fueran las misteriosas mariposas húmedas de una clepsidra.

El móvil sonó varias veces. Era Julio tratando de comunicarse con ella. Deseaba saber si todo estaba bien en el viaje. Lola no atendió.

Carlo se bajó la cremallera de su pantalón. Guió a Lola sobre la puerta, levantó su pollera y le bajó las bragas. La joven se dejó llevar por el experimentado desconocido.

Afuera, los pasajeros del tren estaban ajenos al universo de Lola y Carlo. El deseo envolvía los cuerpos de los jóvenes que explotaban de placer.

Pasado del clímax Carlo se miró al espejo, arregló su ropa y sus cabellos. Miró a Lola, acarició sus pechos con dejadez. Le dio un beso en la boca y salió del toilette.

La joven estaba impactada. No salía de su asombro. Con rapidez se colocó el suéter, subió sus bragas y pasó ambas manos por la pollera, como queriendo plancharla.

—Estoy loca ¿Hice el amor con un completo desconocido?—se dijo.
Recogió la cartera, la abrió, sacó el lápiz labial y retocó su maquillaje.

Salió cerrando la puerta a sus espaldas. Al volver, no sabía con seguridad si sentarse en el mismo asiento. Extrañada se vio haciéndolo. Carlo la recibió con una sonrisa y la ayudó a acomodarse.

—Dime— preguntó el joven— ¿Tendrías tiempo para un café cuando lleguemos? —

La pregunta la sorprendió. Nada hablaron del apasionado encuentro. Lola enseguida respondió.

—Imposible, tengo el tiempo justo.

— ¿Y a la salida?—insistió el joven sin quitar los ojos de los de Lola.

La joven miró la ventanilla. El reflejo de los dos se repetía como un espejismo en el cristal.